

La alteridad

César Ruiz

*“No te acerques a mi, hombre que haces al mundo.
Déjame, no es preciso que me mates.
Yo soy de los que mueren solos, de los que mueren
de algo peor que vergüenza.
Yo muero de mirarte y no entender”*

Rosario Castellanos

El problema de la alteridad encuentra su origen en la suposición de un centro.¹ De acuerdo a ello, adquirimos una identidad cuyo fundamento es dotarnos de una ubicación y un sentido que articula la manera de relacionarnos con el mundo.

En este abordaje, el otro (el extranjero, el loco, el marginal, el homosexual, la mujer, etc.) es aquel que se distingue de el límite del mundo y lo cuestiona. Aparece de manera fortuita en el horizonte de comprensión que nos sostiene y conmueve el sistema que sustenta este horizonte.

El otro se revela entonces como fuente de amenaza, pues remite a lo desconocido y peligroso. *Lo es* en la medida en que pone en duda todos los sentidos de verdad (la verdad del centro). Entonces debe ser elidido, subsumido, anulado. Se le dotan de atributos ajenos a sí, desde el mundo y la ubicación del centro que busca emparejarlo con su unidad de sentido. Desde ahí, el otro es un bárbaro, un salvaje, un inválido cultural que solo puede ser visto como humano en acuerdo a la negación de sí que lo asemeje a ese centro, ese yo único parido por las culturas dominantes y las civilizaciones hegemónicas.

La cultura del otro (que contiene un sentido originario y trascendental) ha sido arrasada o despreciada. Su lengua (mediación entre el hombre y el cosmos, reflejo de su pensamiento) ha sido calificada como bárbara. Sus tradiciones (manifestación ritual de los vínculos con los ancestros con

el todo) discontinuadas de manera obligatoria. Su sistema de relaciones (Hombre-Mujer, Hombre-Sociedad, Hombre-Hombre) redeterminado por los condicionamientos del espíritu imperante.

Sin duda entonces, a lo largo de la historia el centro ha destruido hermosos mundos, antiguas razas, armónicas lenguas y profundas tradiciones en su afán de espejear la misma imagen en todos los hombres: se imponen sus estatuas sagradas (su cultura) sobre las ruinas humeantes de hermosos mundos demolidos.

Todas las verdades de nuestro presente son las creencias sobrevivientes del pasado. Creencias que se impusieron a otras y llegan a nosotros como verdades en uso. La historia del centro no se equivoca, hasta que aparece el otro y conmueve ese orden que lo excluye.

La civilización siempre triunfa.² Los pueblos victoriosos en las guerras reconocen en su asenso sobre otros pueblos y culturas la conformidad de la historia para con sus criterios. Siempre ha triunfado la ortodoxia (aunque se opusiera a otra idea que deja atrás) por que su contenido de verdad esta respaldado y existe a partir de su capacidad de imposición. En acuerdo a esto, todas las civilizaciones vencidas, todos los proyectos culturales de comunidades humanas sometidas política, económica o militarmente fueron descalificados como viables de la historia y su recuento por estar en el error, por ser falsas. *Lo son* en la medida que se alejan de la mente dominante y universal, hoy occidental.³

La crítica más clara al intento de conocer al otro se formula a partir de la experiencia histórica práctica. Se ha buscado conocer al otro para dominarlo y sojuzgarlo, nunca para establecer un diálogo permanente y cotidiano en la que conceda la posibilidad de existencia participativa del otro.

El problema que se asoma de manera inmediata en lo que respecta al Alteridad y su relación con la identidad estriba en que el centro de ésta es siempre su relación y referencia con lo otro o los otros. Nos comprendemos en función directa de las categorías que empleamos para evaluar y distinguir a los demás. El otro es *esto*, y por lo tanto *yo soy aquello* otro.⁴ Siendo pues un elemento fundamental para construcción de nuestro mundo la intervención de lo otro como diferencia o distinción, resulta a lo sumo traumática la intervención del otro una vez que existe un delineado modo de pesar y relacionarse con el mundo. En otros términos: el otro no es peligroso en un sentido originario, sino que es cuando surge en una civilización normalizada (en sus propios términos) o una conciencia que refleje esta normalidad, que se diferencia de manera tajante y es rechazado, violentado en su diferencia o eliminado de mi horizonte de comprensión de manera simbólica o vital. La posibilidad de la Alteridad como forma de relacionarme con el mundo queda destrozada por un ataque de *lo Mismo* para con aquello que amenaza su equilibrio de unidad-sentido que aspira a su prolongación perenne, hasta el fin de la conciencia.

En este sentido parece entonces que el problema que nos planteamos se dirige en esta parte a las posibilidades de una alteridad que sea trascendental a un orden de conciencia que niega la distinción. La alteridad es por sobre todas las cosas respeto y apertura vasta, casi inimaginable para la vieja conciencia. Mientras que la exigencia primordial de esta mente antigua descansa en el eterno retorno de *lo mismo*, es para la mente emergente una limitación profunda y equívoca esta garantía de retorno al inicio, al comienzo que sólo ha sido re-significado de manera parcial. En el siguiente apartado tomaremos como base de muestra la oposición de relatos que establece Levinas entre el mito griego y el hebreo, para aclarar de mejor manera el tema que nos ocupa.

LOS RELATOS CONTRAPUESTOS: DOS MODOS DE PENSAMIENTO Y DOS POSTURAS VITALES

En la cultura griega, es el mito de Ulises y su odisea de suma relevancia como patrón de pensamiento y modelo de su curso. Después de numerosas experiencias vitales que se combinan en oposición aparente a ese regreso a su tierra natal, Ulises puede retornar a Itaca, que es el punto de salida y llegada de toda la historia. Aún después de conocer tierras lejanas, exóticas selvas, hermosas mujeres, olvidados mundos resplandecientes y ser sujeto de la voluntad de los dioses⁵ prefiere la vuelta y revivir una vieja felicidad perdida

a tomar alguno de esos caminos de realización y posibilidad desconocida. A Ulises no le interesa en lo absoluto todo lo que se encuentra frente a sus ojos, sino que a ello sobreimprime siempre la misma imagen, anulando la realidad que espera ser develada pero que no garantiza nada de lo cual se tenga un referente.

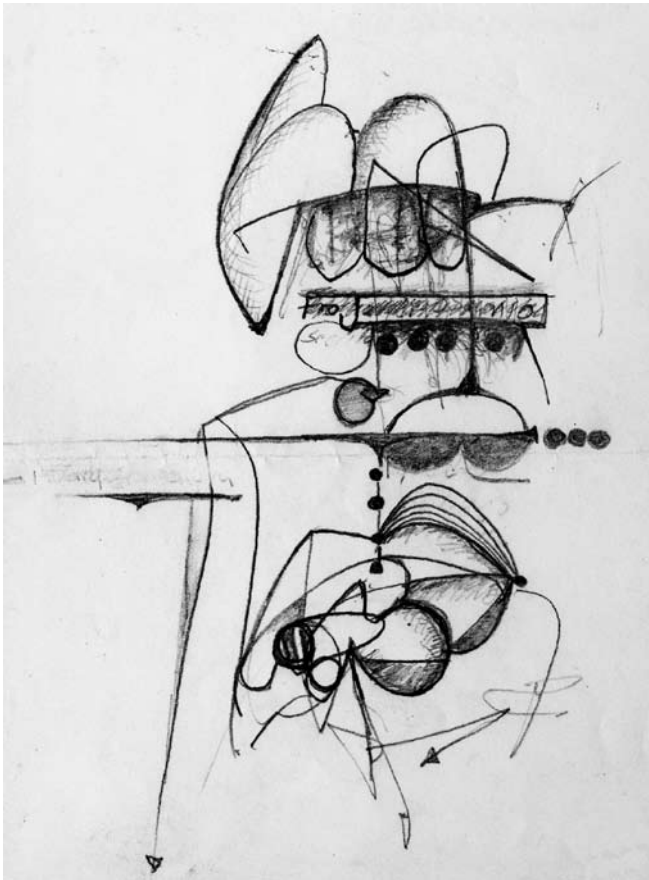
A esta historia, Levinas opone la de Abraham, quien sale de su ciudad natal en busca de una tierra que le ha sido prometida y que además ha de ser habitada por un pueblo distinto, que debe ser fundado. Sin ningún deseo de vuelta, sino a partir de una total entrega al proyecto, sin permitir en momento alguno la nostalgia por lo ya dado, lo existente, lo corriente, es Abraham el promotor de la realización de lo que en un comienzo es toda posibilidad. Como piensa Jaspers, la realidad no es otra cosa que lo que fue una mera posibilidad que luego se realiza. De este modo, ante la infinita posibilidad debe concretarse una realidad, y esto sólo puede hacerse a partir de la toma de decisiones que terminen por determinar esa realidad. De tal manera que no queda sino asumir esa inabarcable extensión de posibilidad conducente a lo desconocido para poder sobreponerse al eterno retorno de *lo mismo*. Abraham permite la intrusión y despliegue de la otredad, de lo esencialmente distinto, para la conformación de su mundo-sentido. Según el relato de Levinas, incluso impide Abraham a su esclavo que conduzca a su hijo a la tierra de origen, rompiendo con este acto de manera definitiva con su genealogía y su historia, que lo condicionaba y restringía.

En el modo que se nos presentan estos dos relatos, queda bastante claro que la posición que la alteridad requiere para su realización plena es de ruptura con lo que la tradición demanda, una tradición de opresión y elisión del otro.

A ella nos oponemos, contra ella combatimos en función de la posición que tenemos respecto de un centro: somos el *otro* respecto a Europa, somos *otro* desde una naturaleza que nos distingue, mestiza, criolla, indígena; somos el *otro* que disiente de la aceptación de un sistema que nos excluye. Somos el *otro* respecto a una historia del pensamiento que nos ignora. Y es la alteridad y su posibilidad lo que nos sustenta y la aspiración a una realización que en este tiempo ignoramos lo que esperamos. Acaso nuestra máxima prenda sea luchar por un mundo que no veremos, del que somos ajenos pero que corresponde de manera más exacta a lo que soñamos.

SOBRE LA ESENCIA CONFLICTIVA DE LO OTRO

Levinas dice que el otro conmueve nuestro sistema porque nos interpela, dice lo inédito a mi sistema. Afecta un sistema que trata de ser impermeable, total. En todo caso, es un



Dibujo 77

elemento ajeno al mismo en el sentido que no lo reconoce, lo ignora o lo suprime. Estos tres niveles de acercamiento con respecto al otro están determinados en buena medida por el tipo de conflicto que suscita con su intervención fenomenológica, es decir su ser. Si las repercusiones son políticas, sociales o de económica es un efecto contingente. Lo que en este caso resulta importante destacar es que en esta perspectiva, el problema no se encuentra en las características del otro, sean las que fueren, sino en la natural tendencia de los modelos civilizatorios a forjarse un mapa de conductas y roles que buscan funcionar para cada integrante de la sociedad, en todos los casos. Cuando surgen elementos distintos en cuanto a su capacidad de aceptación e integración a la sociedad, el problema es menor por que estos, de una manera u otra, coinciden en los puntos esenciales que la conservan y le dan sustento, de tal manera que se encuentra perfectamente preparada para su manejo. Sin embargo, cuando surge un sujeto ajeno a esos fundamentos, cuando estos no coinciden, lo que termina por hacer es rechazar a estos elementos con el afán de preservarse. En este sentido, podemos decir que existe una especie de control aséptico de la sociedad que a su vez cada sujeto reproduce y que tiene como fin su permanencia. El otro es y ha sido siempre el más grande peligro para las civilizaciones.

Desde la perspectiva del respeto a la Alteridad, el otro es la garantía de que aun hay esperanza de asomar nuestra cabeza a un plano mas vasto, exento de las limitaciones típicas de la vista miope de los ancianos necios que aconsejan a nuestra cultura, que nos susurran un mensaje de miedo que no siempre rechazamos.

LAS POSIBILIDADES

Establecer un diálogo floreciente, una apertura enriquecedora cuya novedad es que en ella participan dos hombres que en sí son dos proyectos distintos, dos posibilidades realizadas que trascienden desde la palabra y el acto.⁶ El hombre como voluntad individual cuya posibilidad suprema es la propia realización es el modelo de la modernidad. El hombre que abre paso a la otredad violenta a la modernidad y abre paso a un proyecto en que el otro no es subsumido, sino que co-participa en la creación de un horizonte de posibilidades de realización más-allá de una actualidad que incesantemente devuelve la misma imagen. La alteridad es un modo de liberación que engendra nuevas prácticas de libertad. El abrir nuestros ojos y agudizar nuestros oídos al otro es cruzar una puerta que esconde otra puerta, que esconde...•

Notas

- ¹ Entiéndase por este centro a un modelo arquetípico desde el cual se juzga al mundo y a cuyos parámetros estamos sujetos.
- ² Entendida esta como un proyecto de modernidad que domina y somete la distinción a la forma de sus categorías.
- ³ En este tipo de literarias es indispensable que se comprenda el sentido del discurso: este *lo son* se refiere a la enunciación del pensamiento dominante.
- ⁴ Es decir, que yo soy otro de mi mismo, como dice Levinas.
- ⁵ A lo sumo interesante: los dioses deciden permitirle volver después de diez años. En este sentido, la voluntad de los dioses es su vuelta, su pensamiento divino se complace en su retorno.
- ⁶ Será la prolongación de uno en el otro: la palabra como el develamiento de las virtualidades que subyacen en lo posible-presente y que desemboca en el acto. Éste es entonces el último momento de un solo movimiento que tiene como inicio la palabra y que la dota a su vez de contenido real.

Bibliografía

- Levinas, Emmanuel: *La huella del otro*. Editorial Taurus, México, 2000.
- Todorov, Tzvetan: *La conquista de América, El problema del otro*. Siglo XXI editores, México, 2007.

CÉSAR RUIZ. Estudiante de la licenciatura en Ciencia Política en la Unidad Iztapalapa de la UAM. Correo electrónico: eleon_ruiz@hotmail.com